

LA MUJER EN DEFENSA DE LA FAMILIA.

Por: Eulalio Sosa Fellové

Para alcanzar el progreso social y económico toda sociedad requiere que la persona se desarrolle en un ambiente donde reine la verdad y la libertad. La Iglesia enseña que la auténtica libertad no existe sin la verdad, según Juan Pablo II, “**Verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente**”, cuando no se llama la atención sobre la verdad, ni se trata de alcanzar, se debilita toda forma de ejercicio auténtico de la libertad, abriendo el camino al libertinaje, y al individualismo, perjudiciales para la custodia del bienestar de la persona y de toda la sociedad.

El ataque a la familia y al matrimonio crece, olvidando a veces que la familia es la célula fundamental de la sociedad, familia fundada por el padre y la madre que en el amor mutuo engendran los hijos, por lo que hoy se hace necesario mostrar que la familia favorece el desarrollo y la paz de la sociedad, gracias a la protección, a la promoción, a la acogida, a la integración y a las respuestas que ella ofrece a las necesidades de sus miembros.

Esta situación nos debe llamar no sólo a la reflexión sino también a la acción. El cristiano nunca es indiferente ante lo que pase en la sociedad, por ello estamos llamados a vivificar el mundo y esa es una tarea insoslayable.

Los cristianos católicos tenemos el derecho y el deber de buscar sinceramente la verdad y promover y defender, con medios lícitos, las verdades morales sobre la vida social, la justicia, la libertad, el respeto a la vida y a la familia y a todos los demás derechos de la persona.

Todos debemos estar conscientes que lo que se necesita no es sólo el bienestar material sino el engrandecer el espíritu y eso se logra con una política de protección de la vida y la familia; por eso tenemos que estar alertas ante las propuestas que atentan contra la ley natural, el

respeto a la dignidad humana, la verdad y la práctica de la justicia. Ir contra esos principios es desconocer la realidad natural. Intentar cambiarlos traerá graves consecuencias para la sociedad.

Afortunadamente, la familia es una institución muy valorada. Cuando se hacen encuestas, la gran mayoría afirma valorar mucho la familia; pero al mismo tiempo se va derivando hacia un concepto de familia "difuso". El matrimonio muchas veces ha dejado de ser **compromiso**, para ser un **contrato** que se disuelve con la primera dificultad. Queda en el olvido, o muy en segundo lugar, el hecho de que **la familia es también el lugar de transmisión de los valores y de la educación moral**. Se produce esta paradoja: la familia es muy valorada pero al mismo tiempo está inmersa en una gran crisis moral.

No puede ser que a nuestros hijos pretendamos darles una educación moral cristiana, diciéndoles lo que deben y lo que no deben hacer, sin que al mismo tiempo les conduzcamos a la relación personal e íntima con Jesucristo. La educación no puede ser de corte moralista, es decir, no meramente centrada en la moral, sino centrada en Jesucristo, haciendo de Él el centro y el modelo de vida.

Hoy se hace necesario mostrar que la familia favorece el desarrollo y la paz de la sociedad, gracias a la protección, a la promoción, a la acogida, a la integración y a las respuestas que ella ofrece a las necesidades de sus miembros. Por ello, es necesario "trabajar para que la identidad de la familia sea respetada frente a decisiones políticas y legislativas, que pueden comportar una grave injusticia para su bienestar y para su misión".

Por eso la mujer, que es un eslabón fundamental dentro de la familia, debe trabajar minuto a minuto para conservar la verdadera identidad de la familia.